

rigos el derramar sangre? La Iglesia se descarga de la responsabilidad de la sangre derramada atribuyéndola al poder secular, al cual entrega los culpables: ¡espantosa hipocresía que pretende unir la dulzura de la misericordia á la pasión de la venganza! La sangre corre á torrentes. Pero no se sujeta la razón como se dominan las provincias; la sangre de los herejes es una sangre de mártires, es la semilla de la libertad intelectual. Esta semilla producirá sus frutos. La reforma del siglo XVI va unida á las herejías del XIII.

El catolicismo queria realizar la unidad por la fuerza; fracasó ante una fuerza mayor, porque es divina, la libertad del pensamiento. La unidad cristiana supone que la Iglesia está en posesión de la verdad revelada por Dios; partiendo de aquí, se cree en el derecho y en el deber de imponer sus dogmas á todas las inteligencias; si pudiera, mataría la libertad del pensamiento. Pero la razón se resiste á aceptar las cadenas que se quisiera imponerle en nombre de una pretendida revelación. Dios no revela la verdad al hombre; le da la misión de buscarla y de practicarla en los límites de su imperfección. El Pontificado, expresión de una religión revelada, es incompatible con esta ley de nuestra naturaleza; debe, pues, desaparecer. La unidad seguirá siendo siempre el ideal de la humanidad; siendo la verdad una, la sociedad de las almas debe ser también una. Pero la unidad no puede resultar de una ley impuesta á las inteligencias, debe ser consecuencia de su unión libre y armónica; la fuerza, lejos de poder fundar la unidad, es el mayor obstáculo para su formación; hace imposible la sociedad espiritual, fundamento de la unidad; porque la sociedad espiritual no existe más que por la libre actividad y la libre adhesión de las inteligencias. Esta unidad de los espíritus no será jamás absoluta, como lo imaginaba la Iglesia católica; no puede serlo, por la sola razón de que se funda en la libertad. No solamente habrá siempre herejías, como dice San Pablo, sino que estas herejías tienen su legitimidad divina; no son un crimen, sino un derecho.

No nos lamentaremos de que haya sido rota la unidad espiritual de la Edad Media. El hombre no debe echar de menos las mantillas de su infancia. La unidad cristiana no es más que una pre-

paración para la unidad, ó si se quiere, un paso dado en el desenvolvimiento progresivo de la unidad; pero no es la unidad definitiva que la humanidad está destinada á realizar. El Pontificado era impotente para fundar la verdadera unidad; él mismo se encargó de mostrar su impotencia. El Pontificado fué quien comenzó á desgarrar el Occidente cristiano. Ha vencido al Imperio, ha vencido á las herejías; ¿va á consolidar la unidad cristiana? El poder que quiere la unidad más absoluta y más tiránica llega á ser el autor de la división más escandalosa. Dos, tres papas se reparten la cristiandad; se ponen en entredicho, se fulminan rayos mutuamente, pero no pueden aniquilarse; la unidad cristiana se ha convertido en la anarquía más monstruosa. La Iglesia no encuentra en sí misma el medio de poner fin al cisma; es necesario que el poder secular intervenga para restablecer la unidad católica. El Pontificado se ha mostrado incapaz de llenar la elevada misión que se había atribuido de gobernar el mundo. Los reyes le quitan el poder temporal; los concilios le disputan el poder espiritual y se apoderan de la dirección de la sociedad cristiana. El Papa no es ya el vicario de Dios que gobierna las almas y domina á los emperadores; es un jefe electivo, subordinado á las decisiones de la cristiandad, representada en los concilios. Las doctrinas de Constanza y de Basilea dan la mano á la reforma. La unidad cristiana no es ya más que una ruina que añadir á las que cubren la Ciudad Eterna.

## SECCION II.—EL PONTIFICADO Y LAS NACIONALIDADES.

### § I.—El cisma griego.

#### N.º 1.—Las causas del cisma.

La ambición temporal del Pontificado y la opresión fiscal, esa llaga de una dominación universal, separaron al Occidente de la



Sede de Roma. En el siglo XIII, cuando la monarquía pontificia estaba en el apogeo de su poder, la Iglesia galicana acusó también al orgullo de los sucesores de San Pedro de haber provocado el cisma de los cristianos de Oriente. Los papas se defendieron vivamente de esta imputación; atribuyeron la causa del cisma al genio intrigante de Focio, célebre patriarca de Constantinopla (1). La Santa Sede tenía razón en rechazar la censura que se dirigía al despotismo de Roma con motivo del cisma griego; en efecto, la separación data de una época en que el poder de los papas no podía ser opresor, porque apenas existía. ¿Quiere esto decir que se deba atribuir el cisma á miserables intereses de personas? Lo hemos dicho más de una vez: no es cierto que causas pequeñas produzcan grandes efectos. El cisma es uno de los acontecimientos más importantes de la historia. Los Griegos son los primeros en protestar contra la pretensión de la Iglesia de imponer una ley uniforme á todas las naciones, y su protesta es victoriosa; el cisma resiste á todos los esfuerzos que se han hecho para restablecer la unión. La unidad cristiana está rota antes de verse formada; todo un mundo, el Oriente, queda fuera de la dominación de aquel que se intitula el Vicario de Dios. ¡Un hecho tan importante no ha de tener más razón que la ambición de un patriarca y la brutalidad de un emperador! Las malas pasiones de los hombres no explican nada por sí solas; es preciso ahondar más cuando se quiere descubrir las leyes que producen y encadenan los acontecimientos.

Una división tan antigua como el mundo separa al Oriente y al Occidente. En vano han tratado de unirlos los emperadores; las hordas asiáticas no han llegado jamás á dominar las poblaciones europeas; el héroe más brillante del mundo occidental, Alejandro,

(1) En 1267 concedió el Papa á San Luis el diezmo de las rentas del clero durante tres años, por los gastos de la cruzada. La Iglesia galicana se quejó amargamente de semejantes exacciones, por las que se la reducía á servidumbre. Atribuyó el cisma de los Griegos á las exacciones de la corte de Roma. El Papa Clemente respondió que la verdadera causa del cisma era la ambición de Focio (RAYNALD. *Ann. Eccl.*, a. 1267, §§ 55, 57). Tal es también la opinión del jesuita MAIMEBOURG (*Historia del cisma de los Griegos*, lib. 1): «El cisma ha tenido por principio la incestuosa pasión de un príncipe y la extremada ambición de un cortesano.»

no hizo más que atravesar el Asia; los Romanos no penetraron ni áun tan lejos como los Griegos. La religión intentó lo que las armas no habían podido conseguir. El cristianismo pertenecía á ambos mundos; nació en Oriente y se asimiló los trabajos de la filosofía occidental; parecía, pues, destinado á hacer la fusión; sin embargo, la religión fracasó lo mismo que la conquista. La raza helénica fué para la cristiandad el principio de un irremediable fraccionamiento. Los Griegos, que habían nacido divididos, no llegaron jamás á la unidad, ni en el terreno del pensamiento, ni en el de la política; los filósofos de la Grecia se dividieron en escuelas enemigas; los teólogos, en sectas hostiles. Repugnaba al genio de la Grecia el someterse á una ley inmutable. Roma, que reinaba en el Occidente, no tenía las brillantes cualidades de Grecia; faltábale la iniciativa del pensamiento, pero se distinguía por el sentido práctico, y poseía en el más alto grado el genio de la unidad y de la dominación. Tales eran los rasgos característicos de las dos razas. La oposición era profunda; Roma quería imponer una unidad de hierro á los espíritus, al paso que la Grecia no vivía más que por la libertad y la independencia. Era imposible la unión.

Las tendencias contrarias del Oriente y del Occidente se manifiestan muy pronto. La Iglesia griega se distinguía por un espíritu más amplio; sus teólogos tomaron el partido de la libertad humana contra la gracia que absorbe al hombre en Dios; su caridad abrazaba á todo el género humano; no podían comprender que quedase ni un solo ser privado de la salvación eterna. La Iglesia latina infundía en su teología la inflexible rigidez que había engendrado el derecho estricto. La libertad es una traba para el espíritu de dominación; los padres latinos no la dejan subsistir más que en el nombre; su doctrina de la gracia somete todas las inteligencias á Dios, es decir, á la Iglesia y al Pontificado su órgano. A la Iglesia latina le importa poco la salvación del género humano; se aferra al dogma de las penas eternas, porque es un excelente medio de gobernar y un poderoso instrumento de influencia y de poder. La división que existía en los espíritus condujo al cisma en las iglesias.

Si se hubiese conservado el Imperio romano, tal vez hubiera prevalecido una unidad aparente bajo la presión de la autoridad



imperial; pero, cuando los pueblos del Norte destruyeron el Imperio de Occidente, la division política auxilió á la division religiosa. Los emperadores de Constantinopla afectaban un soberbio desprecio hácia los Bárbaros, que pretendian suceder á los Césares de Roma; la nacion griega tenía el mismo desprecio hácia la Iglesia latina. Los Latinos se habian hecho Bárbaros; los Griegos se lisonjaban de ser herederos de la más brillante civilizacion. Y en realidad, todo el cristianismo primitivo lleva impresas las huellas del genio helénico. Los Evangelios fueron escritos en la lengua de Platon; la filosofía presidió al desenvolvimiento de los dogmas cristianos; no habia un misterio, un rito, una costumbre que no fuese griega. Los Padres de la Iglesia fueron casi todos hijos de la Grecia. Los concilios ecuménicos, compuestos de obispos griegos, se celebraron en ciudades griegas. ¡Qué orgullo para la vanidad de los Helenos! Este orgullo de la ciencia fué una nueva causa de division. Roma aspiraba al dominio de las inteligencias; sin embargo, era bárbara; ¿podian aceptar el yugo de la barbárie los Griegos, que habian sido los señores de Roma, no sólo como filósofos, sino tambien como teólogos? La ambicion rival de Roma y de Constantinopla hizo irremediable la division. Los emperadores griegos se llamaban sucesores de los Césares romanos; á sus ojos, Roma, la señora del mundo, habia abdicado al caer en manos de los Bárbaros; Constantinopla era la verdadera; la única heredera del Imperio de Occidente. Esta pretension á la monarquía universal era incompatible con la ambicion de la Iglesia latina. Concentrándose en una poderosa unidad, queria la Iglesia romana dominar sobre toda la cristiandad; los sucesores de San Pedro reclamaban la supremacía en virtud de un derecho divino. Esta supremacía espiritual no tardó en conducir á una supremacía temporal. El Emperador griego, que se llamaba señor del mundo, no pudo consentir en reconocer un superior; el orgullo imperial no le permitió tener el estribo al Papa. El patriarca de Constantinopla participó del orgullo de su señor; obispo de la capital del mundo, se negó á someterse al obispo de Roma.

Tales son las verdaderas causas del cisma; son inherentes á la raza y á la civilizacion de la Grecia y de Roma. Así es que el cis-

ma nace en cuanto se ponen las dos iglesias en presencia una de otra, y durará mientras haya Latinos y Griegos.

#### N.º 2.—*El cisma.*

El cisma no data del siglo IX; existe desde que hay una Iglesia latina y una Iglesia griega. Los Griegos llevan su espíritu especulativo al cristianismo; quieren introducir las enseñanzas de la filosofía en los dogmas de la religion nueva; no aceptan la fe más que á condicion de que esté conforme con la razon. Los Latinos, en caso de necesidad, creen en los dogmas, no aunque sean absurdos, sino porque son absurdos. Compárese en el siglo III á Orígenes y á Tertuliano: los separa un abismo. El espíritu de libre pensamiento de los Griegos produce herejías en religion, como habia producido sectas en filosofía; los Latinos quieren ante todo la unidad, áun á riesgo de ahogar la razon. Entáblase un inmenso debate sobre la naturaleza de Jesucristo: ¿es Dios? ¿es criatura? La Iglesia griega, alimentada en las enseñanzas de la filosofía, se resiste á admitir un Dios que se ha hecho carne; la Iglesia latina no duda en creer en un Hijo consubstancial con el Padre, porque Roma presiente en este dogma el fundamento de su dominacion. El Oriente arriano amenaza separarse del Occidente católico. Si triunfa la fórmula de Nicea, es porque la Iglesia naciente siente que la unidad es para ella una condicion de existencia (1).

El mundo cristiano cree, pues, que Cristo es Hombre-Dios; pero los Griegos suscitan nuevas dificultades: si Jesucristo es juntamente Dios y hombre, ¿debemos creer que tiene dos voluntades, ó no tiene más que una? La filosofía no puede admitir dos voluntades en un solo sér; pero los Latinos, lógicos en su inconsecuencia, se dicen: «Si hay dos naturalezas, ¿por qué no ha de

(1) SAN BASILIO, desesperando de encontrar en la Iglesia de Oriente elementos de unidad y de salvacion, se dirige á los obispos de Occidente, en donde reina la mayor armonía (*Epist.* 90), á la Iglesia que ha conservado intacta la herencia de los Apóstoles (*Epist.* 242). El Occidente, dice, debe devolver al Oriente el beneficio que de él ha recibido, prestándole unidad y fé (*Epist.* 91).



haber dos voluntades? Los ánimos se encienden; Constantinopla y Roma se dividen; el cisma existe, aún cuando el Papa y el patriarca vivan bajo las leyes de un mismo imperio. La división fué todavía mayor cuando en el siglo VIII el Emperador griego, de acuerdo con la mayoría de los obispos, abolió el culto de las imágenes: este era como el último destello del genio filosófico de la Grecia. Roma, más aficionada á las ceremonias exteriores, transigía con las supersticiones con tal que fuesen un instrumento de dominación; el Papa se sublevó contra los decretos del Emperador; dicen que hasta llegó á excomulgar á Leon y á prohibir que se le pagase tributo (1).

Las disidencias teológicas de los Latinos y de los Griegos son la expresión de la antipatía que separaba á las dos razas. Esta oposición hubiera bastado para separar á la iglesia griega de la iglesia romana; ella es quien ha alejado de Roma las sectas poderosas que reinan en Oriente. Los Nestorianos y los Jacobitas son cristianos, no son católicos; no han reconocido jamás seriamente la unidad absoluta bajo la cual quería Roma subyugar el mundo (2). Este elemento de división adquirió una importancia inmensa en Constantinopla. La religión estaba íntimamente ligada á la política en la antigüedad; con el establecimiento del cristianismo el lazo se debilitó, pero no se rompió. El Emperador, gran pontífice del paganismo, siguió siendo el jefe de la sociedad cristiana. La influencia de los obispos dependía de la importancia de las ciudades en donde residían (3). Había allí un obstáculo invencible á la unidad. En el Occidente, la unidad se fundaba en la supremacía que el mismo Jesucristo había conferido á San Pedro: Roma reclamaba el imperio del mundo, fundada en una palabra divina. ¿Cómo conciliar esta ambición con las pretensiones del Emperador de Constantinopla y de la Iglesia griega? Los Griegos veían en los papas, no á los vicarios de Dios, sino á los obispos

(1) Los historiadores griegos lo dicen positivamente. Véase la discusión de esta cuestión en BASNAGE, *Historia de la Iglesia*, libro VI, c. 5, § 2.

(2) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, p. 670.

(3) *Concil. Chalced.* c. 17: εἰ δὲ τι; ἐκ βασιλικῆς; ἐξουσία; ἐκαίνισθη πολι; ἢ αὐτικ; καινισθει; τοῖς πολιτικοῖς; καὶ δημοσίοις; τύποι; καὶ τῶν ἐκκλησιαστικῶν παροικίων ἢ τάξι; ἀκολουθεῖται.

de la capital del mundo romano; bajo este punto de vista colocaban á su misma altura á los patriarcas de Constantinopla. Estas pretensiones fueron sancionadas por un Concilio ecuménico. Los papas protestaron, pero en vano, contra los decretos de Calcedonia; acusaron á la ambición de los patriarcas, creyendo que no se ventilaban más que los intereses de un hombre; no veían que se trataba de toda una iglesia, de toda una raza (1); los Griegos se negaron siempre á reconocer la supremacía divina del Pontificado; no consideraron jamás al obispo de Roma más que como un patriarca (2).

Los Romanos se llamaban señores del mundo; su imperio se confundía con la *tierra habitable*. Constantinopla heredó el orgullo romano y le añadió la vanidad de la raza griega; los patriarcas de la capital del mundo tomaron el título de *obispos universales*. Un Papa que hubiese sido digno de llevar este título por los esfuerzos que hizo para extender el cristianismo entre los Bárbaros, Gregorio el Grande, se opuso vivamente á esta pretensión; conjuró al Patriarca á que renunciase á una denominación llena de orgullo y de extravagancia (3). San Gregorio veía á la fe comprometida en un debate que no parece trascender más que al ceremonial (4); escribe al Emperador que no defiende su causa, sino la de la Iglesia; quejase á la Emperatriz de que el Emperador consienta que el Patriarca se llame único obispo, con desprecio de to-

(1) El patriarca de Constantinopla escribe al papa Leon: «*De his quæ Constantinopolitana gratia sedis sancita sunt in Chalcedonensi universali synodo, pro certo Beatitudo vestra hoc habeat, nullam esse culpam in me, homine qui semper otium et quietem, in humilitate me continens, ab ineunte mea ætate dilexerim; sed Constantinopolitanae Ecclesiae reverendissimus Clerus est qui hoc habuit studium, et istarum partium religiosissimi sacerdotes qui in hoc fuere concordēs.*» (S. LEONIS *Epist.* 132, 3, en MANSI, VI, 278.)

(2) Un escritor griego del siglo XII, en una obra acerca de la categoría de los patriarcas, dice que la del de Roma se funda, no en la primacía de San Pedro, sino en la primacía de la ciudad. Habiendo perdido Roma el imperio, sus obispos han perdido también la primacía. Constantinopla ha ocupado el lugar de Roma, ella es la señora del universo; hé aquí por qué su obispo toma el título de patriarca ecuménico. (Véase el pasaje en GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 1, § 42, nota I.)

(3) GREGOR., *Epist.* v, 18 (t. II, p. 741).

(4) «*In isto scelesto vocabulo consentire, nihil est aliud, quam fidem perdere.*» (*Epist.* v, 19.)



dos los demás obispos; escribe á los patriarcas de Alejandría y de Antioquía (1) que no pueden acceder á las exigencias del obispo de Constantinopla sin degradarse. Las quejas y las insistencias de Gregorio fueron inútiles: los obispos de Constantinopla continuaron llamándose *patriarcas ecuménicos*.

Los obispos de Constantinopla se proclaman obispos universales; en Roma se eleva una poderosa monarquía que reclama la supremacía de la cristiandad por derecho divino. ¿Aceptarán los Griegos las leyes de Roma? El Emperador se cree siempre el señor del universo; someterse á un superior, aún en el terreno espiritual, sería abdicar. En el fondo de estas opuestas pretensiones se ve el cisma; para estallar no necesita más que una ocasión. Hubo en el siglo IX un hombre que reunía el orgullo de la ciencia helénica á la ambición del patriarca. Focio, á quien los ultramontanos presentan como á un monstruo (2), se distinguía por su ciencia y por la elevación de su espíritu (3). En sus cartas muestra un ardiente celo por la gloria de Dios, una profunda sumisión á su voluntad, adora la justicia que le castiga (4); en cuanto á los movimientos interiores de su espíritu, dirémos, con *Basnage* (5), que solamente Dios puede juzgarlos. Focio tuvo por adversario uno de los papas más grandes que han ilustrado la cátedra de San Pedro. Si la lucha fuese solamente entre los dos hombres, nuestras simpatías estarían á favor del papa Nicolás; pero las personas desaparecen ante la grandeza de la causa que representan. Tampoco el mérito de las dos Iglesias decidirá para nosotros la cuestión: Roma, bárbara, al parecer, marcha por el camino del progreso; Constantinopla, á pesar de su ciencia, está en plena decrepitud. Sin embargo, Focio triunfa sobre Nicolás, Constantinopla sobre Roma. Es que hay comprometidos más grandes intereses. Si Roma llegase á someter á sus leyes el Oriente y el

(1) GREGOR., *Epist.* v, 20, 21, 43.

(2) BARON. *Annal.*, a. 871 (t. X, p. 472) niega aún la ciencia de Focio y no le deja más que viles pasiones.—MAMBOURG (*Historia del Cisma*, libro I) lo representa como un tramposo, un calumniador, un falsario, un hombre violento, cruel, desapiadado, sacrilego, etc.

(3) FLEURY, *Hist. Ecol.*, lib. I, § 3.

(4) PHOTIUS, *Epist.* 6, 8, 96, p. 76 y sig., 138.

(5) BASNAGE, *Hist. de la Iglesia*, libro VI, c. 6, § 1.

Occidente, realizaría la monarquía universal más monstruosa que ha soñado jamás ningún déspota: ¡un hombre teniendo en su mano la conciencia humana! No es este el destino de la humanidad. El cisma griego deshace la ambición de la iglesia católica; no es el patriarca quien sale vencedor de la lucha, es la causa de las nacionalidades.

Los detalles de las diferencias que dividieron á las dos iglesias en el siglo IX tienen poco interés para nosotros: no fueron la causa, sino la ocasión del cisma. Una intriga cortesana colocó en la sede patriarcal á un hombre de elevado nacimiento, que hasta entonces había desempeñado una de las dignidades del Imperio; la elección era irregular. El Papa se negó á reconocer al nuevo patriarca; agriéronse las relaciones; Nicolás prohibió á los fieles y á los obispos de Oriente el comunicarse con Focio; finalmente, le hizo deponer en un Concilio en Roma. El Emperador abrazó el partido del Patriarca. Entonces estallaron las verdaderas causas del cisma, la vanidad griega, el orgullo imperial, la ambición romana, la oposición de las razas. El Emperador escribió á Nicolás una carta injuriosa y amenazadora; el César griego se manifestó lleno de desprecio hacia los Latinos y su lengua, que trata de bárbara: «Desde el Concilio de Calcedonia ningún Papa ha recibido honor semejante al que ha hecho á Nicolás escribiéndole.» El Emperador habla al obispo de Roma en el tono de autoridad con que acostumbraba á hablar á los obispos de Constantinopla: «Quiere que se conserve á Focio; si Nicolás no revoca su sentencia irá á Roma á la cabeza de un ejército, y echará de allí al Papa y arruinará la ciudad» (1). Nicolás no era hombre que se dejase conmover por el espanto; tenía en su fe un apoyo más fuerte que el poder de los emperadores, la confianza en la protección de Dios: «¿Qué pueden contra él el gusano y el polvo? Son para él como esas burbujas del agua que aparecen y desaparecen instantáneamente. Los derechos de la Santa Sede son divinos; se los puede atacar, pero no destruir; han existido antes que vosotros, existirán después y subsistirán mientras dure el nombre de cristiano» (2). El gran

(1) BARON. *Annal.* a. 865, § 73.

(2) NICOL. *Ep.* 8 (MANSI, XV, 189).



Papa no sospechaba que el origen divino del Pontificado había de ser rechazado algún día como un error, casi como una impostura. El cisma de los Griegos no tenía más objeto, en las miras de la Providencia, que combatir una supremacía peligrosa para la libertad del género humano.

El Emperador y Focio rechazaron con toda la iglesia griega las orgullosas pretensiones de los papas; no querían reconocer más fundamento á la supremacía eclesiástica que la Sede del Imperio; habiendo cedido el puesto Roma á Constantinopla, los obispos de Roma debían ceder el primer puesto á los obispos de Constantinopla (1). El Emperador y su patriarca, llevando su doctrina hasta el extremo, depusieron al Papa en un pretendido Concilio ecuménico: era el Oriente que se sublevaba contra el Occidente. Una carta circular de Focio manifiesta los sentimientos de antipatía y de odio que tenían los Griegos contra los Latinos: «El enemigo de la salvación no está contento con los males que ha causado desde la cuna del género humano. Antes de la Encarnación del Verbo, empleó todos sus medios de seducción para inducir á los hombres á actos criminales; después se sirvió de mil artificios para arrastrarlos al error. De ahí han salido Simon, Marciano, Montano, Manés y aquella larga serie de herejes que combaten contra Dios: Arrio, Macedonio, Nestorio, Eutiquio... Sin embargo, estos errores parecían envueltos en el silencio y el olvido; teníamos la esperanza fundada de que no habría ya más inventores de nuevas impiedades, puesto que el Espíritu Santo había salido tan mal en sus tentativas. Constantinopla era como una montaña elevada de donde salían los arroyos que iban á regar á lo lejos las tierras, secas por la herejía. Pero, ¡oh crimen! ¡oh consejo pérfido!... Hombres impíos, execrables, monstruos salidos de las tinieblas del Occidente vienen como una tempestad, como un temblor de tierra; por mejor decir, vienen como fieras á devastar la viña del Señor, desgarrándola con sus dientes, destrozándola bajo sus pies.» ¿Cuá-

(1) NICOLAS es quien nos dice que estas eran las opiniones de sus adversarios (Epist. 70, en MANSI, XV, 358): «Gloriantur atque perhibent, quando de Romana Urbe Imperatores Constantinopolim sunt translati tunc et primatum romanæ sedis ad Constantinopolitanam sedem transmigrasse et cum dignitatibus regni etiam Ecclesiæ romanæ privilegia translata fuisse.»

les son los errores que Focio echa en cara á los Latinos como herejías dignas de Manés y de Arrio? Acusa á la Iglesia Romana de judaismo por el ayuno del sábado, de maniqueísmo porque prohíbe el matrimonio á los clérigos, y de herejía porque añade en el símbolo que el Espíritu Santo procede del Hijo. En fin, anuncia á los cristianos de Oriente que un Concilio ha condenado «á esos nuevos apóstatas, á esos ministros del Antecristo, dignos mil veces de la muerte» (1).

La deposición del Papa, las acusaciones de herejía lanzadas por el patriarca de la Iglesia oriental contra la Iglesia romana, el desden que afectaba hácia la ignorancia y la barbarie de los Latinos, eran otras tantas barreras entre el Oriente y el Occidente. Esta explosión de odio y de desprecio no creó el cisma, pero mostró cuán profunda era la división. Una revolución política dió momentáneamente la victoria al Papa; un Concilio depuso á Focio. El patriarca no vió en este Concilio más que una piratería de Bárbaros (2); tenía la conciencia de ser, á pesar de la deposición, el verdadero jefe de la Iglesia oriental, y no se engañaba respecto de los sentimientos de los Griegos. Apenas se restableció la pretendida unión, los obispos mismos que la habían firmado se quejaron al Emperador de que el Concilio había sometido la Iglesia de Constantinopla á la dominación del Papa (3). La Iglesia griega no quería ser la *servidora de Roma*: Focio fué traído de su destierro, y murió siendo Patriarca de Constantinopla.

El cisma existía; los teólogos lo hicieron irremediable, envenenándolo con sus odiosas disputas. El temor á los Normandos acercó momentáneamente el Emperador al Papa; mandó á su patriarca que hiciese proposiciones al obispo de Roma. El patriarca obedeció, pero lo hizo de tan mala manera, que los preliminares de la paz parecían más bien un acto de hostilidad. Pro-

(1) *Encycl. ad. Patriarch. Orient.*, ap. BARONIUM, *Annal.*, a. 863, § 34 y sig.; y en las cartas de Focio, *Epist.* II, p. 47 y sig.—Compar. el abate JAGER, *Historia de Focio*, p. 151 y sig.

(2) PHOT. *Epist.* 118, p. 159.

(3) «Non bene factum fuisse, quod Ecclesiam Constantinopolitanam tanta subjectione Romanæ subditi Ecclesiæ permiserint, ita ut hanc ei tanquam dominæ ancillam tradiderint.» MANSI, t. XVI, p. 29.



testa, es verdad, que la caridad es quien le obliga á escribir á los obispos Francos; pero esta caridad viene á parar en agrias disputas acerca de las costumbres y las creencias que dividian al Oriente y al Occidente, el empleo del pan sin levadura y el ayuno del sábado: «¿No se diría, exclama, que los Latinos quieren imitar á un tiempo mismo á los Judíos y á los Gentiles, en vez de seguir la doctrina de Jesucristo?» (1). El cardenal Humberto, legado del Papa, respondió á estas acusaciones con una violencia excesiva (2): «¡Cómo! ¡tienen los Griegos la temeridad de acusar á la Iglesia Romana de herejía y de judaísmo! ¡Tienen la loca presuncion de querer imponer sus errores á la Sede de los apóstoles! Jamas se ha visto, desde los orígenes de nuestra religion, semejante impudencia.» El escritor pontificio rechaza la censura de judaísmo como una infame calumnia: «Preciso es que un ciego furor haya hecho perder el sentido á los Griegos, para que hayan podido emitir semejante enormidad. Ellos son los que judaizan; ellos son los que, resucitando los errores de Manés, quieren introducir un Dios bueno y un Dios malo, el uno autor de la ley antigua y el otro de la ley nueva. La opinion de los Griegos sobre el pan áci-mo es una herejía de primer orden, un sacrilegio, una mentira contra las Sagradas Escrituras... (3). ¿Qué son, pues, estos nuevos doctores más que hombres vanos, soberbios, anunciados por el Apóstol como precursores del Antecristo? Se creen sabios, y su sabiduría no es más que locura; están hinchados con la ciencia humana y vacíos de la ciencia divina. ¡Oh admirable filosofía de la Grecia! ¡No comprende la sencillez evangélica, olvida que Jesucristo ha reprobado la sabiduría del hombre, no sabe que la locura ha llegado á ser sabiduría!» La respuesta acaba por la amenaza del anatema eterno, si los Griegos persisten en sus errores.

El espíritu de intolerancia y de dominacion brilla en cada línea de este libelo teológico. Los Griegos fueron más moderados ó

(1) BARON. *Ann.*, a. 1053, § 22; GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, P. I, § 42, nota b.

(2) HUBERTI *Responsio*, en BARON. *Append.*, t. XI.

(3) «O sacrilega temeritas! virosa et maniosa Manicheorum dicacitas!... Contra ipsam veritatem et omnes divinas paginas mentiti impudenter latratis...» BARON. *Ann.*, t. XI, p. 695.

más contenidos. Nicetas, monje de Stude, que gozaba de gran veneracion, escribió contra los errores que la iglesia oriental echaba en cara á los Latinos. Empieza su polémica por una sincera invocacion á la caridad; trata á los Romanos como hombres nobles y sabios, y les suplica que oigan con humildad lo que, aunque indigno, va á decir: «La caridad presta humildad, nos hace sufrir todo, nos hace evitar toda disputa; allí donde hay disputa y animosidad, allí reina el espíritu de los hombres y no el de Dios» (1). Á estas bellas frases, el Occidente responde con un orgullo desabrido. El cardenal Humberto es siempre el que se encarga de confundir á los Griegos: «La caridad de Nicetas, dice, es un veneno detestable.» El polemista romano tiene buen cuidado de no dejar ni una gota de este veneno en su respuesta. Es un tejido de injurias; compara á su adversario con Juliano y con Porfirio, *esos perros perversos y rabiosos*; lo llama maldito, furioso, *estercoranista* (2). El matrimonio de los sacerdotes que los Griegos creían lícito, es también motivo de chistosas ocurrencias: «Nicetas quiere transformar la Iglesia en Sinagoga de Satanás, en un antro de prostitucion...» El cardenal Humberto acaba por exaltar la Iglesia Romana, como limpia de todo error, al paso que la Iglesia griega es la madre de las herejías (3).

De las injurias pasaron á los hechos. Los legados del Papa pronunciaron una solemne excomunion contra el Patriarca y sus fautores, es decir, contra toda la Iglesia griega. «Como los simoniacos, venden los dones de Dios; como los Arrianos, bautizan nuevamente á los que están bautizados en nombre de la Santísima Trinidad; como los Donatistas, dicen que fuera de la Iglesia griega no hay ni Iglesia de Jesucristo, ni verdadero sacrificio, ni verdadero bautismo; como los Nicolaitas, permiten el matrimonio á los ministros del Altar; como los Maniqueos, dicen que todo cuanto

(1) BARON. *Ann.*, t. XI, p. 706 y sig.

(2) Este era el nombre que se daba á los que creían que la Eucaristía estaba sujeta á la digestion con todas sus consecuencias. Nicetas no había dicho tal cosa; pero según la laudable costumbre de los teólogos, Humberto imputa á su adversario todas las consecuencias que tiene por conveniente sacar de sus opiniones.

(3) BARON. *Annal.* t. XI, p. 712-721.